

18) “Tuvo compasión de él”

«Lo vio y tuvo compasión de él» (Lc 10,33)

El destello, o el salto, estriba todo él en la piedad, en la compasión. Toda la diferencia interior entre los otros dos viajeros y el Samaritano está en la compasión. Es la compasión la que cambia todo, la que distingue al Samaritano de los otros dos. Es la piedad, la compasión, la que en la parábola hace destellar la responsabilidad del Samaritano y lo hace prójimo del hombre herido y abandonado. Ya en el texto, al hecho de “hacerse cercano”, de “hacerse prójimo”, le sigue inmediatamente el movimiento de la compasión que experimenta por el otro: “... lo vio y tuvo compasión de él. Se le acercó...” (10,33-34).

La expresión “tuvo compasión” es la misma que se utiliza en la parábola del hijo pródigo para describir el movimiento interior del padre cuando ve desde lejos a su hijo que vuelve: “Cuando aún estaba lejos, el padre lo vio, salió corriendo a su encuentro, se le arrojó al cuello y lo besó” (Lc 15,20).

Esencialmente es la misma escena, la misma situación: alguno ve un miserable, un “medio muerto”, se siente movido por la compasión y se le acerca hasta el contacto físico: los cuidados del Samaritano, el abrazo y los besos del padre.

Ahora bien, el padre de la parábola del hijo pródigo es una ilustración de Dios, un icono de la misericordia de Dios, un retrato del Padre de los Cielos. También el Samaritano, en el fondo, ilustra el amor de Cristo. Pero en esta parábola, Jesús describe sobre todo al hombre llamado a imitar a Dios, en cuando que ha sido creado a su imagen y semejanza. Esto significa que el destello de la responsabilidad ante la miseria del prójimo tiene la consistencia y la importancia de la imagen de Dios inscrita en nuestro corazón, en nuestra libertad; una imagen que el pecado ha ofuscado, pero que, en cierto sentido, se activa y se reconstruye sobre todo con la compasión. La compasión hacia el prójimo es como un desvelarse de la imagen de Dios en nosotros, y no hay nada semejante que realice nuestro “yo”, nada que sea para nosotros “vida eterna”, como el hecho de llegar a ser la imagen del Creador, del Dios que es Amor, Misericordia.

Así pues, esto significa que el movimiento de compasión que se experimenta ante la miseria y el sufrimiento de otros no es solo un sentimiento. O, más bien: es un sentimiento, pero no puramente sentimental. En efecto, es una posición del corazón y de la libertad que se funda en el modo como hemos sido hechos por Dios; es un sentimiento que proviene de la ontología más radical de nuestra naturaleza humana, de nuestro ser más profundo, porque, en el origen, hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios misericordioso y compasivo.

Este movimiento interior se queda en sentimental si, a partir de él, no destella la responsabilidad. Si se queda en el sentimiento de compasión es como sentir por un instante la nostalgia de nuestra infancia. Es hermoso, pero no nos vuelve niños. Si, por el contrario, destella la responsabilidad, es como si aquello de lo que tenemos nostalgia se hiciese una experiencia presente.

Hay una descripción a este respecto en el capítulo 21 de *Los novios*, la famosísima novela de Alessandro Manzoni, donde el Innominado, un señor poderoso que ha empleado su vida en el crimen y en la violencia, manda raptar a Lucía, la novia, para entregársela a Don Rodrigo, otro señor sin escrúpulos, que

codicia a esta chica. El criado encargado de la operación, con el elocuente sobrenombre de *Gavilán*, el ave de presa, hombre acostumbrado a todo tipo de crímenes, una vez que regresa al castillo del Innominado con Lucía, va a informar a su señor. Todo ha ido bien, pero hay un “pero”.

«– Pero... la verdad, señor, me hubiera alegrado más de que su señoría me hubiera mandado darla un tiro en la coronilla, y no oírle hablar ni mirarle a la cara.

– ¿Eh? ¿Qué quieres decir?

– Quiero decir, señor, que en todo el camino, ¡vaya si se me ha hecho largo!... me ha dado compasión esa chica.

– ¿Compasión? ¿Qué sabes tú de compasión? ¿Qué es la compasión?

– Nunca lo he entendido como ahora: la compasión es una historia parecida al miedo: si uno se deja coger por ella se queda poseído, ya no es hombre”.

El Innominado no consigue liberarse de esta palabra, “compasión”, y por el hecho de que Lucía haya conseguido hacer nacer este sentimiento en un hombre duro y violento como el Gavilán.

“«Algún demonio tiene ésta dentro, pensaba después, [...], algún demonio, o... un ángel que la protege... ¡Compasión el Gavilán!... Mañana por la mañana, mañana por la mañana, bien temprano, fuera ésta de aquí; a su destino, y no se hable más de ella», y proseguía consigo mismo, con el ánimo con el que se manda a un chiquillo indócil sabiendo que no obedecerá, «y no pensemos más en esto» [...] Pero de nuevo le venían a la mente aquellas palabras: ¡compasión el Gavilán!

«¿Qué ha podido hacer o decir ésta?, continuaba, atravesado por aquel pensamiento. Quiero verla... ¡No!... Sí, quiero verla»”.

“¡Compasión el Gavilán!”. Esta palabra, esta realidad, es al que no deja en paz al Innominado, porque corresponde a su corazón infinitamente más que todo el mal que ha hecho. Esta palabra lo lleva, a pesar suyo, a encontrarse a sí mismo, a encontrar su verdadera identidad, su verdadera libertad. Y también en Él, como en el Samaritano, destella una necesidad de proximidad: va hacia Lucía. Y encontrándola se deja herir por la compasión hacia ella, y decide hacerse cargo de su miseria, cuidarla, protegerla y salvarla del mal que la amenaza.

“Mañana por la mañana nos volvemos a ver. Venga, ánimo mientras tanto. Descansad. Tenéis que tener necesidad de comer algo. Ahora os lo traerán”.

Esto, esta atención, esta compasión, cambia toda su vida, la rescata, la renueva. Por otra parte, es Lucía misma la que le explica esto con una fórmula del catecismo popular que seguramente aprendió de memoria cuando era niña: “¡Dios perdona tantas cosas por una obra de misericordia!”.

Por tanto, la compasión es un movimiento del corazón, un sentimiento, que no hay que despreciar jamás, aunque la mayoría de las veces lo transformamos rápidamente en sentimentalismo. Pero, como decía, por su naturaleza, este movimiento no es sentimental, porque es ontológico, está en el corazón de nuestra naturaleza, es la sustancia más verdadera y profunda de nuestro corazón, creado a imagen y semejanza de un Dios que es Amor, Misericordia. El Gavilán se equivoca cuando dice que si uno se deja llevar por la compasión ya no es un hombre. Es justamente lo contrario.